



PRESENTACIÓN

MINISTRO DE HACIENDA | *Nicolás Eyzaguirre Guzmán*

Gracias al sólido marco institucional que hemos venido construyendo por décadas y a un liderazgo muy firme, Chile está saliendo airoso de la difícil prueba por la que hemos pasado en estos últimos años. Como Gobierno recibimos una economía que venía desacelerándose desde la segunda mitad de 2013, pero entregaremos a la futura administración una economía en franca recuperación, libre de desequilibrios y con la capacidad intacta para retomar mayores niveles de crecimiento.

Estos positivos resultados son fruto de la capacidad que mostramos a la hora de hacer frente a dos riesgos de primer orden para una economía pequeña y abierta como la nuestra, que comenzaron a hacerse realidad ya desde el primer año de Gobierno. Por un lado, una caída sustancial de los precios del cobre, nuestro principal producto de exportación, lo que desató una profunda baja en la inversión minera que arrastró a la economía en su conjunto y no pudo ser compensada por los demás sectores. Por otro, el estancamiento de las exportaciones, que tradicionalmente han sido el principal motor de nuestro crecimiento, lo que respondió en parte al enfriamiento del comercio global y la menor demanda de nuestros socios comerciales. Si las exportaciones hubieran mantenido el ritmo de expansión que venían registrando hasta 2008, el crecimiento anual reciente pudo haber sido entre 2,5% y 3% mayor que el registrado desde ese año.

No es primera vez que Chile enfrenta viento en contra procedente del exterior y tampoco será la última. Lo importante es que la reacción de política sea la adecuada y evite episodios como los ocurridos con las caídas de los precios de los *commodities* de comienzos de los 80 y fines de los 90, donde el *shock* externo se amplificó en el ámbito doméstico. Esto es precisamente lo que la conducción económica logró en esta oportunidad: gracias a un marco de políticas macroeconómicas adecuado y a un sistema financiero robusto –entre otros factores–, este período adverso se sorteó sin grandes desbalances internos, con tasas de desempleo que se mantuvieron en niveles históricamente bajos y una inflación contenida. Así, a diferencia de otros episodios, el costo del ajuste no recayó en las personas.

Un precio del cobre más bajo y el escenario económico más estrecho de corto plazo se tradujeron en ingresos fiscales menores, lo que deterioró la deuda pública. La nueva situación significó también una revisión a la baja de los parámetros estructurales que ordenan nuestras finanzas públicas. Ante ello, como Gobierno reaccionamos responsablemente reconociendo esta nueva realidad fiscal y adecuando, con convicción y mediante un gran esfuerzo político, el perfil de gasto inicialmente proyectado y los compromisos futuros.

Esto implicó revisar el programa de reformas estructurales planteado por la Presidenta Bachelet, para priorizar e incorporar gradualidad en la implementación de algunas iniciativas. También avanzar en una consolidación fiscal necesaria para mantener finanzas públicas sanas en un horizonte de mediano plazo, reduciendo gradualmente el déficit estructural en torno a 0,25% de PIB por año a parámetros comparables. Nuestra sana posición fiscal y la credibilidad que nos hemos ganado en los mercados internacionales nos permiten hacer este ajuste de forma gradual, reduciendo así los costos sociales y el impacto en crecimiento económico que exigiría hacerlo de forma más abrupta. Esta consolidación es, además, coherente con el espacio que requiere la política monetaria para mantener tasas de interés bajas que apoyan la reactivación.

Hoy estamos comenzando a ver la recuperación de nuestra economía, en línea con lo que anticipaban indicadores que señalaban que la parte más baja del ciclo estaba quedando atrás y que la recesión de la minería estaba terminando. Hoy tenemos precios del cobre mayores a los de los últimos años, lo que está reactivando los proyectos de inversión en la minería, con efectos encadenados en el resto de la economía. También vemos un repunte del comercio mundial y mayor demanda por nuestros productos por parte de nuestros socios comerciales, en cuyas economías se aprecia un dinamismo mayor que el promedio del mundo. Esperamos que estas condiciones, junto con una política monetaria que continúe entregando un impulso positivo, contribuyan a consolidar la recuperación de la actividad con un crecimiento de 3% en 2018, el doble de lo que todas las proyecciones nos indican para el cierre de este año.

Estas noticias son positivas, pero no significan que todo el trabajo esté hecho. Aunque el desempeño macroeconómico chileno muestra un balance favorable, comparado con el de otros exportadores de *commodities* que también enfrentaron el fin del ciclo de precios de esos productos, eso no significa que no exista espacio para mejorar. Es importante persistir en aquellos factores y políticas públicas que pueden contribuir a la resiliencia de nuestra economía ante turbulencias futuras, de modo que en lo sucesivo podamos absorber este tipo de episodios sin el gran impacto fiscal reciente.

Ciertamente, por el grado de integración que tiene Chile, no somos inmunes a los vaivenes mundiales, pero depende de nosotros sobreponernos a las adversidades externas. Somos una economía pequeña, por lo que nuestro crecimiento seguirá ligado al empuje del sector exportador. Ahí tenemos importantes desafíos. Por un lado, mantenernos activos en seguir promoviendo nuestra integración global para hacer frente a las amenazas proteccionistas y otros riesgos geopolíticos que pueden afectar el comercio mundial. Por otro, seguir impulsando nuestras exportaciones y su diversificación, pasando de una canasta que exporta preponderantemente materias primas a una con mayor valor agregado, que incluya cada vez más servicios y diversidad de bienes.

Por otra parte, es necesario seguir avanzando en una agenda de reformas que potencie nuestra productividad y eleve nuestras perspectivas de crecimiento de largo plazo. La mejora en la calidad y equidad de la educación es una pieza central de esta agenda. En este Gobierno hemos avanzado en forma decidida en ampliar las oportunidades de una educación de calidad para todos los chilenos, independiente del nivel de ingreso de sus padres, porque el capital humano será una pieza clave para la competitividad de nuestra economía y el desarrollo sostenido del país en las próximas décadas. De similar forma, hemos avanzado en introducir mejoras significativas en el funcionamiento de los mercados financieros y de bienes, que llevarán a una más eficiente asignación de recursos.

La prosperidad del futuro se construye hoy y requiere mucho esfuerzo y convicción. Recuperar mayores niveles de crecimiento y avanzar en mayor equidad son tareas sinérgicas entre sí y de primer orden para nuestra sociedad. Es necesario seguir armonizando ambos objetivos con la necesaria responsabilidad de las finanzas públicas, que vela por el bienestar de las generaciones actuales y futuras. Sigamos trabajando para tener una economía más inclusiva, con mayor nivel de capital humano y una cancha más pareja que abra oportunidades a todos.